

Elena Andrés (Madrid, 1929-2011)

Blas Sánchez Dueñas

Universidad de Córdoba

Si se tratara de bucear en el espacio científico que han ocupado los estudios sobre la vida y la obra de Elena Andrés, de inmediato se desvelaría cómo la trayectoria vital así como la producción literaria de esta poeta madrileña nacida en el verano de 1929 apenas si ha gozado de algún interés para la crítica, habiendo pasado, por tanto, a ser uno más de esos sedimentados olvidos autoriales depositados en las desiertas arenas marginales de la historiografía literaria.

Poco tiempo después de obtener el título de Filología Románica por la Universidad Central en 1955 y de pasar una breve temporada en Málaga, contrajo matrimonio en 1958 con el compositor y ensayista musical Ramón Barce, quien había sido compañero de estudios en la universidad madrileña, en 1959. Dedicada profesionalmente a la enseñanza de la lengua y la literatura, Elena Andrés, tras haber dado muestras de su quehacer literario con la publicación de algunos poemas en revistas de su época, editó su primer libro que rotuló con el significativo título de *El buscador*. La cabecera del poemario anticipa ya algunos de los rasgos más personales y distintivos de la poesía de Elena Andrés próximos a los esquemas estéticos y fundamentos doctrinales de su tiempo como son la concepción de la poesía como medio de conocimiento y la búsqueda por medio del lenguaje literario de la identidad y de la autenticidad personal con la finalidad postrera de que aquellas inquietudes y tensiones emotivas o emocionales vitales que desazonaban a la poeta pudieran encontrar vías de expresión personales y de calado en los demás a través de la creación poética, entendida por ella como un lenguaje superior, taraceado por el pensamiento, la técnica y los recursos estructurales y efectivos como procedimientos capaces de atravesar las barreras de la comunicación y llegar al lector, quien, según ella, da sentido a las obras una vez que las lee, aportando su propia visión subjetiva a la porción que interprete de la intención original.

Su poesía se revela como un espacio indagatorio y meditativo de ascendencia simbolista donde el sujeto poético, desde la subjetividad personal del yo, trata de trascender la realidad para sumergirse en las ignotas regiones del misterio y de lo telúrico. En sus versos se aúnan la introversión y el compromiso, el carácter inefable y espiritual de la poesía con su proceso de búsqueda y de guía de la conciencia hasta ir

dando forma lírica los aspectos más recónditos sobre los que fija la atención de su estética.

La expresión de la intimidad así como la reelaboración de la realidad y de la cotidianidad en un proceso de depuración de la materialidad de las palabras a través del subjetivismo del lenguaje poético y a través de cierto simbolismo y de elaboradas imágenes oníricas vuelve a manifestarse en su segundo poemario *Eterna Vela* (1961). En sus poemas se entrelaza la búsqueda del ser con un deseo constante de indagación, de penetración en un mundo envuelto en la vaguedad de sombras confusas, mitad recuerdo, mitad esperanza y sueño en ambos casos por lo que muchas de sus creaciones líricas se tejen envueltas en los contornos de la ensoñación, en los intangibles velos del inconsciente y en ecos de matices surrealistas por su capacidad de poder iluminar la nebulosa vaguedad de las imprecisiones y sombras avistadas en la realidad vivida y experimentadas en la vigilia.

Este poemario puede ser entendido como un libro-espejo, un texto lírico cuya entidad, temas y esencias se revelan en función del ánimo del lector en tanto en cuanto en sus versos reflejarán especularmente los rostros con el que nos asomemos a él o proyectarán imágenes que se desprendan desde la posición, la mirada o el diálogo que entable el receptor con el texto. Es pues un poemario donde la impresión del lector juega un papel esencial. En función de la mirada y de la lectura realizada emergerán diferentes interpretaciones emanadas de la particular relación que el receptor extraiga de la lectura de los poemas según la propia condición y circunstancias de quien se acerque a ellos.

En medio de la zozobra grisácea en la que divagan los versos de Elena Andrés producto de su afán de búsqueda y de las encrucijadas en las que se siente precipitada, surge su tercer poemario titulado *Dos Caminos*, merecedor del Accésit del premio Adonáis en 1964. En el libro se encauzan dos caminos, dos cauces, dos direcciones que no vienen a ser sino la representación dialéctica de la búsqueda entre el ascenso o mirada sublimadora o la inmersión en las zonas oscuras, entre la vida y la muerte, entre la realidad y el ensueño, entre lógica figurativa e inconsciencia fantaseadora tal y como se puede descubrir en versos de este poemario como los siguientes: [...] ¿quién no ha visto la mueca/ de las aguas ocultas?/ Pero ¿quién no ha sentido/ la espiga recta y fértil/ que atraviesa la sangre?/ Y aquella voz que ordena/ el fecundar semillas/ de luz en nuestros hombros/ y el entregar las manos./ Hacia el sol entregarnos/ ya ciegos y benditos./ Pero a veces un sueño/ milenario, antiquísimo,/ se desploma en la frente./

Con paso de sonámbula/ llego a las aguas lentas de un pantano,/ masa impúdica, cuajo de raíces,/ y una risa satánica, espumosa,/ que halaga no sé qué de nuestra sangre”.

Siguiendo con la construcción de su itinerario poético en interacción con la búsqueda de su propia identidad y realización personal en pos del equilibrio espiritual, de la apertura hacia la vida y el conocimiento y del hallazgo de respuestas derivadas de las introspecciones consumadas en zonas oscuras del ser y de la materialidad, en 1971 publica *Desde aquí mis señales*, un poemario con el que la autora da muestras de afirmación ante la vida y de apertura hacia el exterior aunque, en ese proceso de iluminación, la poeta se tope con la realidad y con los límites de la racionalidad y del orden simbólico imperante por lo que, ante la imposibilidad de la unidad, queda balbuciendo la disgregación del yo frente a lo exterior y lo intangible.

Trance de la vigilia colmada (1980) vuelve a incidir en dialécticas propias del universo simbólico de la poeta madrileña como los de la vigilia/sueño, vida/muerte, unidad/otredad, conciencia/inconsciencia, ser/no ser, etc., movimientos ondulantes que se debaten entre la esencialidad del ser y su angustia existencial frente lo existente, la universalización cósmica o lo suprasensible.

Antes de sacar a la luz su último poemario, *Paisajes conjurados* (1998), la colección Torremozas, en 1992, con el título *Talismán de identidad*, editó un pequeño volumen con carácter antológico que recogía un conjunto de poemas representativos de cada uno de sus poemarios publicados.

Al final de su trayectoria poética, Elena Andrés descubre y revela a través de su praxis poética algunos de los enigmas de las acrisoladas esencias metafísicas, ontológicas y espirituales que atraviesan su producción lírica. Los paisajes conjurados de su creación lírica no son sino el propio yo de la poeta integrado en un éxtasis activo concretado en una serie de poemas confesionales que configuran la primera parte del libro y en simbiosis con lo telúrico y lo cósmico en la segunda donde el ser palpita de amor por el Todo¹.

Elena Andrés publicó poemas y colaboró en algunas de las principales revistas de su tiempo como *Estafeta Literaria*, *Árbol de juego*, *Caracola*, *Cuadernos de Ágora*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Poesía española*, *Alaluz*, *Ínsula*, *Índice* y *Revista de Occidente*. Su poesía, traducida al polaco, rumano, francés, inglés e italiano, ha dejado la herencia de una voz muy personal taraceada por una inteligente intuición lírica y una

¹Arrillaga, Luis: “Memoria esencial de Elena Andrés”, *República de las Letras: revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores*, Nº. 127, 2012, pp. 89-91

selección léxica particular de ascendencia surrealista. En sus poemas de matices sombríos e interrogantes, emerge una brumosa angustia, un fondo de tristeza y los ecos de un vacío, de unas inquietudes y de unas carencias que brotan desde las profundidades de un doliente interior y desde un deseo de conocimiento y explicación donde, desde la subjetividad de un yo indagatorio se entrelazan indisolublemente la realidad material con el espacio del subconsciente, la física y la metafísica, el sufrimiento y el dolor, la esencia y la existencia, el misterio y la revelación, la filosofía, la espiritualidad y la religión, el simbolismo y el surrealismo en un crisol panteísta y telúrico que parte del yo para tratar de encontrarse y comunicarse por la creación literaria con lo/los demás.

Bibliografía de la autora:

Poesía:

Andrés, Elena (1959). *El buscador*. Madrid: Ágora

_____ (1961). *Eterna vela*. Madrid: Rialp.

_____ (1962). *Poemas*. Madrid: Imp. del Boletín Oficial del Estado.

_____ (1964). *Dos caminos*. Madrid: Rialp.

_____ (1971). *Desde aquí mis señales*. Salamanca: Delegación Nacional de Cultura.

_____ (1980). *Trance de la vigilia colmada*. Barcelona: Víctor Pozanco.

_____ (1992). *Talismán de identidad*. (Antología). Madrid: Torremonzas.

_____ (1998). *Paisajes conjurados*. Madrid: Huerga y Fierro.

Referencias bibliográficas:

Arrillaga, Luis (2012). “Memoria esencial de Elena Andrés”, *República de las Letras: revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores*, nº. 127, pp. 89-91

Bravo Guerreira, María Elena (2001). *Género y producción poética: la obra de Elena Andrés*. Madrid: Torremonzas.

Fagundo, Ana María (1979). “Realidad e irrealidad en la poesía de Elena Andrés”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 351, pp. 641-650.

Newton, Candelas (1992). “Donde los centros se desplazan: La vigilia extravasada en la poesía de Elena Andrés”, *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona, 21-26 de agosto de 1989*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, pp. 861-867.